

SANTA ELENA EMPERATRIZ

y la Cruz de Jesucristo

por Rafael María López Malús, Carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

Cuna humilde y alma grande

No es raro en la vida de los ilustres personajes que nos presenta la historia dar con muchos hombres y mujeres que nacieron en cunas muy humildes pero que después la Historia les ha concedido un alto lugar en sus páginas.

En la vida de los Santos sucede también igual.

Nos encontramos en esta historia con una niña nacida en humilde cuna pero que la Divina Providencia depositó en ella ricos quilates que supo valorar a lo largo de toda su vida llegando a ser una de las almas más privilegiadas que nos ofrece el calendario de la Iglesia e incluso de la historia profana. Se llamó: FLAVIA JULIA ELENA.

—¿Su cuna?

Los historiadores parece ahora que se ponen de acuerdo al hacerla nacer en un pueblecito llamado Drepana, hoy la bella Yalova, en la hermosa y turística Bitinia, en la vertiente meridional del golfo de Nicomedia, estación termal muy amada y visitada.

Aquí, en este entonces pueblecillo pero que después el emperador, su hijo, la elevaría a la gran categoría de ciudad, llamada Helenapolis, como merecido homenaje a su madre.

Sus padres eran humildes agricultores y paganos. Tuvieron varios hijos, pero sólo de Elena tenemos noticias de interés.

Esta niña, humilde, pobre, pagana... llegará a ser una de las mujeres más famosas de la humanidad por la magnanimidad de su alma. Era: transparente, bella, educada, fina, culta, honesta y de caritativos sentimientos. No podía ver que nadie sufriera ni fuera menospreciado. Será este carácter bueno a la vez que su belleza fuera de lo normal lo que atraerá un día las miradas de quien será emperador de Roma y la convertirá en su propia esposa.

Constancio Cloro

Todos conocemos la historia de Roma, la vida que llevaban la mayor parte de los emperadores romanos y sus principales militares. Las guerras y contiendas, en las que solían estar casi siempre metidos, era terreno propicio para llevar una vida bastante degenerada, pues el alcohol, las mujeres, y la sangre o venganzas estaban a la orden del día. La lucha por el poder y una vez conseguido la vida licenciosa, para unos, de exagerados placeres y, para otros, de eternas esclavitudes y sufrimientos era la suerte que les había tocado vivir.

La joven Elena para ganarse la vida, sin pertenecer a ninguna de esas dos categorías de personas —ni era de alta alcurnia ni esclava tampoco— debía trabajar en una posada que tenía su padre para ganarse el sustento. Era recatada, atenta, servicial, y sabía comportarse con dignidad ante toda clase de personas que acudían a su posada.

Un día —cosas de la Divina Providencia— ocurrió pasar por allí un ilustre tribuno militar, oriundo de Iliria, llamado *Constancio*, que por su mal color y poca salud que disfrutaba, le habían dado el sobrenombre de CLORO.

Aquel joven e ilustre militar quedó tan hondamente prendado ante la belleza, viveza y bondad de aquella joven que se la pidió a su padre por esposa. Aquellas cualidades externas que ahora la atraían a Constancio subirían de valor cuando con su trato llegaría a descubrir las cualidades más ricas todavía que adornaban su alma.

El por ser militar y ella por no ser romana, no podían contraer matrimonio legal o de pleno derecho, pero el amor es capaz de pasar por encima de las leyes.

Pero aunque ahora esté Constancio tan enamorado de la bella Elena llegará un día que por razones de Estado la repudiará.

Constantino el Grande

Su nombre completo es Cayo Flavio Valerio Constantino el Grande.

Nació en Naissus (Mesia Alta) el 27 de febrero del 274 y murió en Acyrón, cerca de Nocomedia, el 22 de mayo del 337.

Fue hijo de Constancio Cloro y de Santa Elena por cuyo motivo lo traemos a estas páginas.

Pasó toda su juventud en campamentos militares, primero al lado de su padre y de otros césares después. Pronto empezaron a descollar sus cualidades como militar y gobernante... y por una serie de casualidades y de intrigas que entonces eran tan comunes, llegó a escalar al ápice del imperio romano.

Siempre amó tiernamente a su madre aún cuando su padre la repudió para poder llegar a ser César de Roma. Y no hay duda de que la educación que recibió de niño y adolescente de su madre y los ejemplos que ésta siempre le dio con su vida ejercieron un gran impacto en Constantino pues a pesar de sus muchos actos malos dominaron los buenos gracias a las oraciones y ejemplos de santa Elena.

Si quisiéramos dar un juicio conjunto de Constantino el Grande, sería, en síntesis, éste:

—En cuanto a lo político fue muy positivo ya que fue un gran hombre de Estado que supo aunar el imperio romano a pesar de las muchas dificultades que se oponían, dándole un esplendor y solidez como en sus mejores tiempos.

—En cuanto a la Iglesia o cristianismo su labor aún fue más positiva ya que es el primer emperador romano que protegió el cristianismo y que él mismo se hizo cristiano. Convocó el primer Concilio de la Iglesia universal en Nicea el 325 y la defendió de las herejías aunque a veces él mismo contemporizó con el arrianismo, pues lo protegió.

Años difíciles para Elena

Elena, joven elegante y bien formada por sus padres, supo estar en el puesto que le señaló la Divina Providencia.

Acompañaba al emperador en casi todas sus correrías militares.

Mientras estaba en Nayssus nació su hijo idolatrado, el Gran Constantino, que será su mayor gloria. Igual que Santa Mónica con S. Agustín, podemos decir que fue doblemente madre de su hijo, en la naturaleza y en la gracia.

Cuando pasados algunos años los vaivenes de las batallas e intrigas hizo que su esposo Constancio subiera de categoría militar le obligaron a casarse con Teodora, hijastra del emperador Maxi-miano. Para ello no tuvo otro remedio que repudiar a su esposa Elena.

Desde aquel momento nuestra futura santa no perdió los ánimos, más aún, lo sintió, como era natural, pero quedó con su hijo Constantino que era lo que más quería en este mundo, y se dedicó a hacer actos de caridad.

Pronto le fue arrebatado también su hijo partiéndosele el corazón de pena. ¡Pobre madre! Redobló su vida de virtud. Los historiadores no se ponen de acuerdo de si Elena se convirtió al cristianismo en estos años o poco después, cuando vio el milagroso portento del LABARO...

Lo cierto es que pasó trece años separada de su hijo que se le hicieron eternos.

El Señor que en su Providencia Divina dirige todos los hilos de la historia aunque de momento no los comprendamos los hombres, se sirvió de este tiempo para madurar el alma de Elena: hacerla más sensible, más humana, más comprensiva. Ella no podía comprender, por ejemplo, cómo eran tan bárbaramente perseguidos los cristianos cuando en los que ella conocía sólo veía virtudes y buenas obras.

La augusta emperatriz

San Ambrosio, que vivió después y escribió sobre Santa Elena y su hijo Constantino, recuerda la cita de Isaías que también a mí me encanta: «Mis caminos —dice el Señor— no son vuestros caminos, mis pensamientos no coinciden con vuestros pensamientos». El Señor tenía preparada para Elena una gran misión: la de formar al emperador que abriría las puertas del imperio a la doctrina y a los seguidores de Jesucristo.

Para ello le vino muy bien a Constantino la larga temporada que pasó al lado del emperador Diocleciano durante la cual tan bárbaramente fueron perseguidos los cristianos. Él mismo se decía: «¡Qué bello es tener una religión y vivirla en profundidad como hacen estos cristianos!».

El 25 de julio del año 306 murió Constancio Cloro acompañado de su hijo Constantino. Lo primero que hizo este buen hijo fue buscar a su madre para tenerla ya siempre a su lado.

La mimó cuanto pudo y la colmó de dones. Para ello dio a su madre el título de *Augusta* por el año 317 cuando ya ciertamente Elena era cristiana y llevaba varios años entregada de lleno a hacer actos de caridad. Mientras Constantino, ya era cristiano de corazón, no estaba todavía bautizado.

No sabemos quién gozó más al encontrarse si la madre que volvía a recuperar al hijo que le habían arrebatado años antes dejándola en el mayor desamparo, o el hijo, convertido ya en el emperador de Roma que podía premiar a su madre por tanto sufrimiento.

Las virtudes que sembró Elena en su pequeño no pudieron arrancarlas los años pasados entre maduros y desaprensivos soldados. Buen ejemplo para tantas madres de hoy que piensan que ha sido inútil la cristiana educación que han dado a sus hijos.

Madre y hermana caritativa y humilde

Su ternura de corazón y su deseo de hacer el bien y de defender al que sufre fueron virtudes que heredó de sus padres.

Estas y otras virtudes cristianas veía Elena que las practicaban los cristianos aún antes de que ella abrazase la fe de Jesucristo.

Una vez convertida y después del edicto de Milán, que dictó su hijo el 313, ya ella podía vivir a sus anchas su vida de caridad y de servicio al más necesitado.

Su hijo Constantino no sólo veía con buenos ojos cuanto hacía su madre en favor de los necesitados sino que hasta le daba carta abierta para que dispusiera de bienes del Estado.

Constantino le levantó un precioso palacio que se llamaba Sessorium, cerca de San Juan de Letrán y nombró una larga lista de hombres y mujeres para servirla. Acuñó una moneda de oro con la efigie de su madre y convirtió en hermosa ciudad el pueblecito donde ella había nacido.

Elena con su gran prestigio y mayor corazón influyó en el corazón de su hijo para que suavizara las leyes bárbaras contra los delincuentes y condenados a las minas. Visitaba con frecuencia a los encarcelados y distribuía todos los tesoros de que podía disponer para los pobres.

Con su dinero levantó varias basílicas en Roma y en otras partes y embelleció las ya existentes.

Todos querían verla, oírla y tocarla pues la tenían como una verdadera madre y una querida hermana.

A pesar de ser la madre del emperador y gozar del título de Augusta era sumamente humilde y sencilla. Sólo tenía una cosa en su corazón: Extender por todas partes el conocimiento y amor de Jesucristo.

«Con esta cruz vencerás»

La ambición es un vicio capital —le llama avaricia el catecismo— que ha existido desde que el hombre está sobre la tierra.

En tiempos de santa Elena había varios prohombres que aspiraban a ser los que dirigieran el imperio romano. Dos de ellos eran Majencio y Constantino el Grande...

Por fin se decidió la cosa por medio de una batalla famosa que ha pasado a la historia como la «batalla de Saxa Rubra».

El historiador Eusebio que dice que se lo oyó decir al mismo Constantino y otros historiadores de la época lo cuentan así, poco más o menos:

—«Era al atardecer cuando ya a la puesta del sol el emperador Constantino vio en el cielo como una luz muy especial con el trofeo de la cruz y rayos de luz que salían de ella y con un letrado que le rodeaba y decía: «Con esta señal vencerás». No sólo la contempló el emperador sino todo el ejército que le sigue. Durante la noche, en sueños, vuelve el emperador a tener la misma visión y se le aparece Cristo, el Señor, a la vez que le manda que haga un estandarte con ese signo y esas palabras y que le sirva como salvaguardia contra sus enemigos».

Obedece Constantino, monta en su caballo y lleva con su mano derecha este Lábaro, signo de la cruz, y sobre el puente Milvio, en dura batalla, derrota al emperador Majencio y es coronado como único emperador del imperio.

Esta batalla, ganada por esta protección del Lábaro de la Cruz, fue lo que decidió «los destinos del mundo y de la cristiandad». Era esto el 28 de octubre del 312.

Santa Elena salta de gozo ante esta victoria porque ella, que ya es cristiana de hecho y de obras, ve ahora una nueva era para que el reino de Cristo se extienda por todo el mundo...

Dos grandes acontecimientos

La historia está llena de grandes y pequeños acontecimientos. Los grandes habría que procurar no olvidarlos y darle gracias al Señor por ellos. El pueblo de Israel, mandado por Yahvé, debía dar gracias a Dios por los favores señalados que de Él había recibido.

Ahora, después de tantos siglos, debiéramos también agradecer al hijo de santa Elena y a ella misma por la parte que tuvo en ellos, por estos dos grandes eventos que tanto influyeron en el porvenir del cristianismo hasta nuestros días:

—El primero, el Edicto de Milán acaecido el año 313. Hasta esta fecha estaba perseguido el cristianismo en todo el vasto imperio romano y solo en las catacumbas, es decir, a escondidas, podían celebrar los cultos sagrados, predicar la Palabra de Dios y recibir los Sacramentos. Desde esta fecha se permite a los cristianos celebrar públicamente sus cultos, levantar sus iglesias y hacer proselitismo, o mejor dicho, apostolado. Es cuando masivamente aumentan los cristianos... Se llama también la Era o Paz Constantiniana o Edicto de Milán. El arco iris lució para siempre aunque es verdad como decía el Papa Benedicto XV que la «persecución» será siempre una nota fundamental de la Iglesia de Cristo ya que la ha acompañado siempre desde que nace hasta ahora y lo será hasta el fin... Luego habría que decir que las notas fundamentales de la Iglesia son cinco: una, santa, católica, apostólica y «perseguida».

—El segundo fue la celebración del Primer Concilio Ecuménico o Universal que fue convocado por los Obispos pero patrocinado, sufragado y empujado a su celebración por el emperador Constantino. Se celebró en Nicea el año 325 contra el obispo Arrio que propalaba una herejía contra la Persona de Jesucristo.

La señal de la Cruz

Hemos recordado hasta aquí cuánto santa Elena amó a Jesucristo y cuánto trabajó por extender su conocimiento y su amor a todos los confines de la tierra.

Ella se enamoró sobre todo de la Cruz de Jesucristo que fue el instrumento con el cual nos redimió el Señor de nuestros pecados.

San Máximo, obispo de Turín, tiene una bella homilía que recoge la Lectura de las Horas en el martes santo. Dice que el Salvador nos redimió por medio de este gran misterio del que está lleno cuando nos rodea. Y recuerda:

—el *marino* al surcar los mares levanta el mástil y despliega las velas para conjurar el mar en forma de cruz... Es nuestro mar de la vida...

—el *labrador* que nos sustenta... al colocar el arado, las orejeras y el mango... lo hace en forma de cruz...

—el *cielo* hacia el que nos dirigimos... está formado por las cuatro partes —como tiene la cruz—...

—el *hombre* cuando hace el gesto de levantar los brazos forma una cruz perfecta... como recuerdo y gratitud de la otra cruz que nos salvó... Así como Moisés fue escuchando cuando ponía los brazos en cruz y se los sostenían su hermano Aarón y Hur y así vencía a Amalec, así también el hombre, puestos sus brazos en cruz, será escuchada mejor su oración...

San Jerónimo decía que en su tiempo todos hacían la señal de la cruz: al salir de casa, al empezar el trabajo, antes de comer, al ir a descansar... También ahora deberíamos volver a la fe de nuestros mayores que eran tan amigos de hacerla en todo momento, pero no como una mera costumbre o un amuleto pues algunos la llevan porque es moda, sino conscientes de que es nuestra señal externa de que somos de y pertenecemos a Jesucristo, cuyo signo llevamos.

Invencción de la Santa Cruz

Hasta la última reforma litúrgica, y aún lo vienen haciendo en algunas partes, el día 3 de mayo se celebraba la fiesta de la «Invencción de la Santa Cruz».

La tradición atribuye a santa Elena este relato maravilloso que vendría a demostrar el gran amor que nuestra santa sentía hacia la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya era muy anciana cuando pidió a su hijo que le ayudase a trasladarse hasta la ciudad santa de Jerusalén para visitar los sagrados Lugares donde nació, vivió y murió por nosotros el Hijo de Dios.

Su hijo puso a su disposición todo lo necesario para el viaje.

Al llegar a Jerusalén como su hijo a petición de su madre ya había derruido todos los templos y señales que los emperadores paganos habían levantado sobre los sagrados lugares, sólo una idea tenía en su corazón: poder dar con la VERA CRUZ que sirvió de ara, templo y trono para salvarnos.

En el lugar del Calvario o Calavera mandó que se hicieran excavaciones hasta dar con la Cruz Sagrada. Pronto se encontraron tres de parecidas dimensiones. La dificultad estaba ahora en saber cuál había sido la usada por el Señor y cuál la del buen ladrón —Dimas— y la por el mal ladrón —Gestas.

Había una mujer en estado gravísimo. Le tocaron con una y otra y seguía en el mismo estado. Al ser tocada por la tercera inmediatamente se puso buena.

Ante esta señal, santa Elena y el Obispo Macario, vieron cuál era la verdadera. Fue dividida en tres trozos: una parte quedó en Jerusalén, otra se envió a Constantinopla y una tercera a Roma, donde la misma santa Elena levantó para venerarla la basílica de La Santa Cruz, cerca de San Juan de Letrán.

La Cruz gloriosa

Los primeros siglos fueron para los cristianos un escándalo o vergüenza que su Señor Jesucristo muriera en la cruz. Por ello en las catacumbas de Roma y en otras partes se pueden encontrar signos muy bellos de los sacramentos: cesto de peces y pan, Jonás, corderos, etc..., pero no la CRUZ.

Hace unos años se encontraron dos vestigios muy antiguos de la mofa o burla que los paganos hacían de la CRUZ de Jesucristo: Uno de un gladiador de Roma y otro de Cartago. En ambos aparecía un crucifijo que llevaba cabeza de asno y decía «éste es el Dios de los cristianos». ¡Qué blasfemia!.

Pero pasados aquellos largos años y llegada la PAZ por medio del hijo de santa Elena, el odio y vergüenza se cambió en amor, culto y gloria para todo cristiano.

Hay una antigua homilía pascual muy bella que canta la CRUZ GLORIOSA DE JESUCRISTO, ella viene a ser una preciosa glosa a las palabras proféticas de Jesús: «Si yo fuera elevado sobre la tierra a todos atraeré sobre mí mismo»... Él será desde siempre la verdadera cruz que cuando se la contempla, se la ama y se la imita.

Así canta esta preciosa Homilía:

«La cruz gloriosa del Señor resucitado es el árbol de la salvación. En él yo me nutro, en él me deleito, en sus raíces crezco, en sus ramas yo me extendiendo.

Su rocío me da fuerza, su espíritu como brisa me fecunda, a su sombra he puesto yo mi tienda.

En el hambre es la comida, en la sed el agua viva, en la desnudez es el vestido. Angosto sendero, puerta estrecha, escala de Jacob, lecho de amor donde nos ha desposado el Señor.

En el temor la defensa; en el tropiezo la fuerza; en la victoria la corona; en la lucha eres el premio...

Exaltación de la Santa Cruz

La Cruz en los caminos insondables del Señor que no coinciden con los nuestros fue el instrumento de nuestra salvación. El podía habernos salvado de mil formas diferentes, por algo era Dios, pero quiso hacerlo por medio de la cruz, del dolor, del sufrimiento.

Él, como dice San Pablo, «se anonadó., se rebajó a sí mismo hasta tomar forma de siervo, de esclavo... Se hizo escoria por amor nuestro... Pero después Dios lo elevó sobre todos y al nombre de Jesús Crucificado hay que doblar toda rodilla en el cielo y en la tierra...».

Hoy nos gloriamos todos en su Pasión y en su Dolor y «hemos de hacer en nuestro cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo para que sea perfecta para bien de su Iglesia»...

Esta fiesta de hoy —14 de septiembre— iría estrechamente unida con la del 3 de mayo —Invención de la Santa Cruz. Hoy sólo se celebra ésta, la del 14 de septiembre, pero podemos unir ambas conmemoraciones: Antes habrá que descubrir cuál es nuestra cruz. Y una vez descubierta, besarla, abrazarnos a ella y tratar de llevarla con garbo todos los días.

Cósroas se apoderó de la Vera Cruz de Jerusalén. Otro emperador, éste era cristiano, llamado Heraclio, en dura batalla, se la arrebató y quiso llevarla triunfalmente a Jerusalén acompañado de gran boato y de todo el reino. Se vistió de púrpura y oro, pero no podía moverse. Estaba clavado en tierra como si estuviera adosado por porlandt. El obispo Zacarías, como inspirado por Dios, le dijo: «Emperador, ¿no será que quien subió desnudo a la cruz, no quiere ser llevado con tanto lujo?». Se vistió de saco, se puso ceniza en la cabeza y llenó de cilicios el cuerpo, cargó con la cruz y pudo llevarla triunfalmente hasta la ciudad santa de Jerusalén... Así nosotros.